

LOS retratos vuelven a estar de moda. Por más cabinas de Photoquick que pongan por las calles para que la gente pase a la posteridad en fotomatón con cara de comando desarticulado, el personal sigue prefiriendo a Enrique Segura y a Ricardo Macarrón, que últimamente se lleva muchísimo, tanto que va a ser el Enrique Segura de la nueva situación, desde que hizo el retrato del Rey con uniforme de gala de capitán general.

Para pasar a la posteridad, un buen retrato al óleo, y vestido de lo que hubiéramos querido ser. La señora condesa, de muchacha recién puesta de largo; el médico del Seguro, con bata blanca como don Gregorio Marañón; el novillero sin alternativa, de luces, como el Manolete de Zuloaga. Y Pedro de Lorenzo, de caballero de la mano en el pecho. Así lo está pintando o lo ha pintado ya —estos delitos nunca se sabe si llegan a consumarse o si quedan en tentativa— una monja cisterciense, sor Isabel Guerra, «una madrileña —dicen las crónicas— nacida en el barrio palaciego del Madrid que se asoma al de los Austrias por un lado y al del Campo del Moro por el otro».

Seguimos en la España de los Austrias, y si no, que se lo pregunten a Fernández de la Mora. Sólo que las monjas de nuestra España de los Austrias no hacen sonetos al hombre necio que peca, sino retratos al óleo a los embalsamadores de la lengua del Imperio.

Isabel Montejano ha entrevistado a sor Isabel Guerra en torno a este evento consuetudinario que acontece a la rúa de qué país, macho, y todo es una maravilla. Si estuviera aquí Lola Flores le preguntáramos que cómo se la maravillaría ella a Pedro de Lorenzo:



## PEDRO DE LORENZO SIENTA PLAZA DE CABALLERO DE LA MANO EN EL PECHO

—Ustedes, las monjas del Cister, tienen una vida muy austera, ¿no?

—Bueno; depende de lo que se entienda por austero. Vivimos bajo la Regla de San Benito, sí.

—Y usted, ¿desde cuándo pinta?

—Le diría que desde siempre. Quizá muy tópico, ¿no?... Dibujaba y pintaba desde que era chiquita. Profesionalmente hice mi primera expo-

sición en Madrid, en la «Sala Tolson», a los quince años.

—Y sale usted del monasterio y expone en Madrid, con licencias...

—Con todas las licencias pertinentes del arzobispo de Zaragoza y otro permiso especial que me dieron en Roma...

—Oiga usted, tengo una curiosidad tremenda...

—¿Por qué?

—Pues por saber cómo es, modelo de pintores, Pedro de Lorenzo.

—Yo esperaba que fuese más nervioso, más impaciente. Bueno, pues ha resultado con una paciencia enorme, asombrosa. Es natural, espontáneo y habla mucho mientras está posando. Esto es bueno, porque el hombre se define en sus palabras. No tiene inmovilismo..., pero si no se le dice... «¡Bueno, don Pedro, levántese!», no se mueve. Es, por lo tanto, el modelo ideal.

Y terminamos esta crónica real como la vida misma con las palabras finales de Isabel Montejano, que suscribimos naturalmente al cien por cien, para qué nos vamos a meter en camisas blancas de once pluralismos en este tiempo del socialismo nacional integrador: «Esta monja cisterciense, pintora ilustre, que ha retratado al escritor con el hábito de Caballero Armado de la Orden del Corpus Christi de Toledo, seguirá rezando en su vida contemplativa de un monasterio aragonés. Y nosotros seguimos pensando que las monjas hacen falta». Y usted que lo diga. Y yo que siga viendo a Pedro de Lorenzo de caballero de la mano en el pecho.—(Por la transcripción, OLIVARES —no el conde-duque, sino el bueno—, asistido por la Comisión de Defensa Profesional del Colegio Oficial de Correidores de Fondo.)

